

CAPÍTULO XVII.

LA EXISTENCIA Y EL PENSAMIENTO.

PRINCIPIO DE DESCARTES.

163. ¿Estoy seguro de que existo? sí. ¿Puedo probarlo? no. La prueba supone un raciocinio; no hay raciocinio sólido sin principio firme en que estribe; y no hay principio firme, si no está supuesta la existencia del ser que raciocina.

En efecto: si quien discurre no está seguro de su existencia, no puede estarlo ni de la existencia de su propio discurso; pues no habrá discurso si no hay quien discurre. Luego sin este supuesto no hay principios sobre qué fundar, no hay nada; no hay mas que ilusion, y bien mirado, ni ilusion siquiera, pues no hay ilusion si no hay iluso.

Nuestra existencia no puede ser demostrada: tenemos de ella una conciencia tan clara, tan viva, que no nos deja la menor incertidumbre; pero probarla con el raciocinio es imposible.

164. Es una preocupacion, un error de fatales consecuencias, el creer que podemos probarlo todo con el uso de la razon; antes que el uso de la razon están los principios en que ella se funda; y antes que uno y otro, está la existencia de la razon misma, y del ser que raciocina.

Lejos de que todo sea demostrable, se puede demostrar que hay cosas indemostrables. La demostracion es una argumentacion en la cual se infiere de proposiciones evidentes una proposicion evidentemente enlazada con ellas. Si las premisas son evidentes por sí mismas, no consentirán demostracion; si

suponemos que ellas á su vez sean demostrables, tendremos la misma dificultad con respecto á las otras en que se funde la nueva demostracion; luego, ó es preciso detenerse en un punto indemostrable, ó proceder hasta lo infinito, lo que equivaldria á no acabar jamás la demostracion.

165. Y es de observar que la indemostrabilidad, por decirlo así, no es propia únicamente de ciertas premisas: se la halla en algun modo en todo raciocinio, por su misma naturaleza, prescindiendo de las proposiciones de que se compone. Sabemos que las premisas A y B son ciertas: de ellas inferiremos la proposicion C. ¿Con qué derecho? Porque vemos que C se enlaza con las A y B. ¿Y cómo sabemos esto? Si es con evidencia inmediata, por intuicion: hé aqui otra cosa indemostrable: el enlace de la conclusion con las premisas. Si es por raciocinio, fundandonos en los principios del arte de raciocinar, entonces hay dos consideraciones, ambas conducentes á demostrar la indemostrabilidad. 1.^a Si los principios del arte son indemostrables, tenemos ya una cosa indemostrable; si lo son, al fin hemos de valerlos de otros que les sirvan de basa, y ó pararnos en alguno que no consienta demostracion; ó proceder hasta lo infinito. 2.^a ¿Cómo sabemos que los principios del raciocinio se aplican á este caso? ¿Será por otro raciocinio? resultan los mismos inconvenientes que en el caso anterior. ¿Será porque lo vemos así? ¿porqué es evidente con evidencia inmediata? hénos aqui en otro punto indemostrable.

Estas reflexiones no dejan ninguna duda de que el pedir la prueba de todo es pedir lo imposible.

166. El ser que no piensa, no tiene conciencia de sí mismo: la piedra existe, mas ella no lo sabe, y en un caso semejante se encuentra el hombre mismo cuando todas sus facultades intelectuales y sensitivas

se hallan en completa inacción. La diferencia de estos dos estados se concibe muy bien recordando lo que acontece al pasar de la vigilia á un sueño profundo, y al volver de este á la vigilia.

El primer punto de partida para dar un paso en nuestros conocimientos es esta presencia íntima de nuestros actos interiores, prescindiendo de las cuestiones que suscitarse puedan sobre la naturaleza de ellos. Si todo existiese como ahora, y existiesen infinitos mundos diferentes del que tenemos á la vista, nada existiría para nosotros, si nos faltasen esos actos interiores de que estamos hablando. Seríamos como el cuerpo insensible colocado en la inmensidad del espacio, que se halla lo mismo ahora que si todo desapareciese al rededor de él, y no percibiría mudanza alguna aun cuando él propio se sumiese de nuevo en el abismo de la nada. Al contrario, si suponemos que todo se aniquila excepto este ser que dentro de nosotros siente, piensa y quiere; todavía queda un punto donde hacer estribar el edificio de los humanos conocimientos: este ser, solo en la inmensidad, se dará cuenta á sí mismo de sus propios actos, y según el alcance de sus facultades intelectuales, podrá arrojarse á innumerables combinaciones que tengan por objeto lo posible ya que no la realidad.

167. Se ha combatido mucho el famoso principio de Descartes: «yo pienso, luego existo;» el ataque es justo y concluyente, si en efecto el filósofo hubiese entendido su principio en el sentido que se le acostumbra dar en las escuelas. Si Descartes le hubiese presentado como un verdadero raciocinio, como un entimema en que asentado el antecedente dedujera la consecuencia, claro es que el argumento claudicaba por su basa, estaba en el aire. Porque cuando él dijera: «voy á probar mi existencia con este enti-

mema; yo pienso, luego soy,» se le podía objetar lo siguiente: vuestro entimema se reduce á un silogismo en esta forma: «todo lo que piensa existe; es así que yo pienso; luego existo.» Este silogismo, en el supuesto de una duda universal, en que no se dé por supuesta ni aun la misma existencia, es inadmisibile en sus proposiciones y en la trabazon de ellas. En primer lugar: ¿cómo sabeis que todo lo que piensa existe? = Porque nada puede pensar sin existir. = Y esto ¿cómo se sabe? = Porque lo que no existe no obra. = Y esto ¿cómo se sabe? Suponiendo que de todo se duda, que nada se sabe, no se pueden saber estos principios; de otra suerte faltamos á la suposicion de la duda universal, y por consiguiente nos salimos de la cuestion. Si alguno de estos principios se ha de admitir sin prueba, tanto valia admitir desde luego la existencia propia, y ahorrarse el trabajo de probarla con un entimema.

En segundo lugar: ¿cómo sabeis que pensais? Se os puede hacer el siguiente argumento, reforciendo el vuestro, como dicen los dialécticos: nada puede pensar sin existir, vuestra existencia es dudosa, tratáis de probarla, luego no estais seguro de pensar.

168. Queda pues en claro que el principio de Descartes es insostenible tomado como un verdadero raciocinio; y siendo tan fácil de alcanzar su flaqueza, parece imposible que no la viese un entendimiento tan claro y penetrante. Es probable pues que Descartes entendió su principio en un sentido muy diferente, y voy á exponer en pocas palabras el que en mi juicio debió de darle el ilustre filósofo.

Suponiéndose por un momento en una duda universal, sin aceptar como cierto nada de cuanto sabia; se concentraba dentro de sí mismo, y baseaba en el fondo de su alma un punto de apoyo donde hacer estribar el edificio de los conocimientos humanos.

Claro es que, aun haciendo abstraccion de todo cuanto nos rodea, no podemos prescindir de nosotros mismos, de nuestro espíritu que se presenta á sus propios ojos con tanta mayor lucidez, cuanto es mayor la abstraccion en que nos constituimos con respecto á los objetos externos. Ahora bien, en esa concentracion, en ese acto de ensimismarse, retrayéndose el hombre de todo por temor de errar, é interrogándose á si mismo, si hay algo cierto, si hay algo que pueda servir de apoyo, si hay un punto de partida en la carrera de los conocimientos, lo primero que se ofrece es la conciencia del pensamiento, la presencia misma de los actos de nuestra alma, de eso que se llama pensar. Hé aqui, sino me engaño, la mente de Descartes: « yo quiero dudar de todo; me retraigo de afirmar como de negar nada; me aislo de cuanto me rodea, porque ignoro si esto es algo mas que una ilusion. Pero en este mismo aislamiento me encuentro con el sentimiento íntimo de mis actos interiores, con la presencia de mi espíritu: yo pienso, luego soy: yo pienso, así lo experimento de una manera que no me consiente duda, ni incertidumbre; luego soy, es decir, ese sentimiento de mi pensamiento me hace sabedor de mi existencia. »

169. Así se explica como Descartes no presentaba su principio cual un mero entimema, cual un racionio comun, sino como la consignacion de un hecho que se le ofrecia el primero en el orden de los hechos; y cuando del pensamiento inferia la existencia, no era con una deducion propiamente dicha, sino como un hecho comprendido en otro, expresado por otro, ó mejor diremos, *identificado* con él.

He dicho *identificado*, porque en realidad es así en concepto de Descartes; y esto acaba de confirmar lo que he asentado anteriormente, que el filósofo

no presentaba un racionio, sino que consignaba un hecho. Sabido es que, según él, la esencia del espíritu es el mismo pensamiento, de suerte que así como otras escuelas filosóficas distinguen entre la substancia y su acto, considerando al espíritu en la primera clase, y al pensamiento en la segunda, Descartes sostenia que no habia distincion alguna entre el espíritu y el pensamiento, que eran una misma cosa; que el pensamiento constituia la esencia del alma. « Aunque un atributo, dice, sea suficiente para hacernos conocer la substancia, hay sin embargo en cada una de ellas uno que constituye su naturaleza y esencia, y del cual dependen todos los demás. La extension en longitud, latitud y profundidad, constituye la esencia de la substancia corpórea; y el pensamiento constituye la naturaleza de la substancia que piensa » (Descartes, Principios de la filosofia, 1ª parte). De esto se infiere que Descartes al asentar el principio « yo pienso, luego existo; » no hacia mas que consignar un hecho atestiguado por el sentido íntimo; y tan simple le consideraba, tan único, por decirlo así, que en el desarrollo de su sistema identificó el pensamiento con el alma, y la esencia de esta con su misma existencia. Sintió el pensamiento, y dijo: « este pensamiento es el alma; soy yo. » No trato de apreciar ahora el valor de esta doctrina, y si tan solo de explicar en qué consiste (XVII).

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Addo. 1625 MONTERREY, MEXICO

no puede llegar á tal punto, encuentra una *tal repugnancia*, que las suposiciones mas extravagantes no alcanzan á vencer. » Esto es lo que indican sus mismas palabras; mas al consignar este hecho se eleva á una proposicion general, muy verdadera sin duda, saca una consecuencia, muy legítima tambien; pero que para nada eran necesarias en el caso presente, y que ó explicaban mal su misma opinion ó la hacian vacilar.

171. Si bien se observa, no hacia mas Descartes en este punto, que lo que hacen todos los filósofos; y por mas extraño que pueda parecer, no estaba en desacuerdo con los gefes de la escuela metafísica diametralmente opuesta: la de Locke y Condillac. En efecto: que el hombre al querer examinar el origen de sus conocimientos, y los principios en que estriba su certeza, se encuentra con el hecho de la conciencia de sus actos internos, que esta conciencia produce una certeza firmísima, y que nada podemos concebir mas cierto para nosotros que ella, es un hecho en que están de acuerdo todos los ideólogos, y que todos asientan, bien que con diferentes palabras. Cuanto mas se medita sobre estas materias, mas se descubre en ellas la realizacion de un principio confirmado por la razon y la experiencia, de que muchas verdades no son nuevas, sino presentadas de una manera nueva, que muchos sistemas no son nuevos, sino formulados de una manera nueva.

172. La misma duda universal de Descartes, cuerdamente entendida, es practicada por todo filósofo; con lo cual se ve que las bases de su sistema, combatidas por muchos, son en el fondo adoptadas por todos. ¿En qué consiste el método de Descartes? todo se reduce á dos pasos: 1.º Quiero dudar de todo. 2.º Cuando quiero dudar de mí mismo no puedo.

Examinemos estos dos pasos, y veremos que con Descartes los da todo filósofo.

¿Por qué Descartes quiere dudar de todo? porque se propone examinar el origen y la certeza de sus conocimientos; quiere llamar á exámen todo su saber, y por lo mismo no puede empezar suponiendo nada verdadero. Si supone algo, ya no examinará el origen y los motivos de la certeza de todo; pues exceptúa aquello que supone verdadero. Le es preciso no suponer como tal nada; antes por el contrario suponer que no sabe nada de nada; sin esto no puede decir que examina los fundamentos de todo. O no hay tal cuestion filosófica, que sin embargo se la encuentra en todos los libros de filosofía, ó es necesario emplear el método de Descartes.

Pero ¿en qué consiste esta duda? Racionalmente hablando, ¿puede ser una duda real y verdadera? No: esto es imposible, absolutamente imposible. El hombre por ser filósofo, no alcanza á destruir su naturaleza; y la naturaleza se opone invenciblemente á esta duda, tomada en el sentido riguroso.

173. ¿Qué es pues esta duda? Nada mas que una *suposicion*, una *ficcion*; suposicion y ficcion que hacemos á cada paso en todas las ciencias, y que en realidad no es mas que la *no atencion* á un convencimiento que abrigamos. Esta duda se la emplea para descubrir la primera verdad en que estriba nuestro entendimiento; á cuyo fin basta que la duda sea ficticia; no hay ninguna necesidad de que sea positiva; porque es evidente, que lo mismo se logra dudando efectivamente de todo, no admitiendo absolutamente nada, que diciendo: « si supongo que no tengo por cierto nada, que no sé nada, que no admito nada. » Un ejemplo aclarará esta explica-

cion hasta la última evidencia. Quien conozca los rudimentos de geometría sabrá que en un triángulo al mayor lado se opone el mayor ángulo, y está absolutamente cierto de la verdad del teorema; pero si se propone dar á otro la demostracion, ó repetirla á sí propio, prescinde de dicha certeza, procede como si no la tuviera, para manifestar que se la puede fundar en algo.

En todos los estudios, ejecutamos á cada paso esto mismo. Son vulgares las expresiones: « esto es así, es evidente; pero *supongamos* que no lo sea; ¿qué resultará? » « Esta demostracion es concluyente, pero prescindamos de ella, supongamos que no la tenemos, ¿cómo podríamos demostrar lo que deseamos? » Los argumentos *ad absurdum* tan en uso en todas las ciencias, y muy particularmente en las matemáticas, estriban no solo en prescindir de lo que conocemos, sino en suponer una cosa directamente contraria á lo que conocemos. « Si la línea A, dice á cada paso el geómetra, no es igual á la B, será mayor ó menor; supongamos que es mayor: ect., ect. » Por manera que para la investigacion de la verdad prescindimos frecuentemente de lo que sabemos; y hasta suponemos lo contrario de lo que sabemos. Aplíquese este sistema á la investigacion del principio fundamental de nuestros conocimientos y resultará la duda universal de Descartes, en el único sentido que puede ser admisible en el tribunal de la razon, y posible á la humana naturaleza.

Es probable que el ilustre filósofo la entendia en el mismo sentido; si bien es menester confesar que sus palabras son ambiguas. No se concibe qué objeto podia proponerse en entenderlas de diferente modo, supuesto que no trataba de otra cosa que de allanar el camino á la investigacion de la verdad. Con su

manera de expresarse dió lugar á disputas, que con alguna mayor claridad se habrian evitado.

Asi como Descartes no se explicaba con la claridad suficiente, sus adversarios no le estrechaban quizás con toda la precision y nervio que podian. En mi concepto, para resolver la cuestion bastaba dirigirle esta pregunta. « ¿Entendeis que al comenzar las investigaciones filosóficas, haya de haber un momento en que *real y efectivamente* dudemos de todo; ó juzgais bastante el *prescindir* de la certeza, suponiendo que no la tenemos; cómo se hace con frecuencia en todos los estudios? »

174. Descartes se encontró en el caso de todos los reformadores. Están dominados de una idea; y la expresan tan fuertemente, que al parecer no consienten otra á su lado. Todo, en su lenguaje, es absoluto, exclusivo. Preven la lucha que habrán de sostener, quizás la experimentan ya; y asi concentran toda su fuerza en la idea cuyo triunfo se proponen, y llegan á perder de vista todo lo que no es ella. No se puede inferir que el reformador no tenga otras, que modifiquen notablemente la principal; mas para hacer frente á sus adversarios que le dicen: « esto es absolutamente falso, » él dice: « esto es verdadero absolutamente. » La historia y la experiencia nos presentan innumerables ejemplos de estas exageraciones.

La idea dominante de Descartes era arruinar la filosofía que á la sazón reinaba en las escuelas; y daba el impulso tan fuerte, que hacia temblar el mundo. Véase como expresaba su desden para con muchos que se apellidan filósofos. « La experiencia enseña, que los que hacen profesion de filósofos, son frecuentemente menos sabios y razonables que otros que no se han aplicado nunca á este estudio. » (Prefacio de los Principios de filosofía.)

175. La segunda parte del método de Descartes consiste en tomar el pensamiento propio por punto de partida, estableciendo que al esforzarse el hombre por dudar de todo, encuentra un límite en la conciencia de su pensamiento, de su existencia. Es evidente, que este es el fenómeno que naturalmente resta inmóvil en la mente del observador, después de haber procurado dudar de todo. Al menos no podrá dudar de que duda; y por consiguiente de su pensamiento; siendo de notar que este es un argumento que se ha hecho siempre á los escépticos, lo que equivalía á emplear el método de Descartes, esto es, á consignar como un fenómeno innegable una certeza superior á todas las extravagancias: la conciencia de sí mismo.

Cuando Descartes decía «yo pienso,» entendía por esta palabra todo acto interno, todo fenómeno presente al alma inmediatamente; no hablaba del pensamiento tomado en un sentido puramente intelectual, sino que comprendía todo aquello de que tenemos conciencia inmediata. «Por la palabra *pensar*, dice, entiendo todo aquello que se hace en nosotros, de tal suerte, que lo percibimos inmediatamente por nosotros mismos; así es que aquí el pensar no significa tan solo entender, querer, imaginar, sino también sentir. Porque si digo que veo ó que ando, y de ahí infero que existo, si entiendo hablar de la acción que se hace con mis ojos ó mis piernas, esta conclusión no es tan infalible, que no ofrezca algún motivo de duda, ya que puede suceder que yo crea ver ó andar sin que abra los ojos, ni me mueva de mi sitio; pues que esto me acontece cuando duermo, y quizás podría acontecer lo mismo si yo no tuviese cuerpo; pero si entiendo hablar únicamente de la acción de mi pensamiento ó del sentimiento, es decir, del conocimiento que hay en

mi, por el cual me parece que veo ó ando, esta conclusión es verdadera tan absolutamente que no me es posible dudar de ella, á causa de que se refiere al alma, única que tiene la facultad de sentir ó bien de pensar, de cualquier modo que esto sea.» (Principios de filosofía, 1.^a parte, § 9.)

176. Este pasaje manifiesta bien claro las ideas de Descartes: lo arruinaba todo con la duda, pero había una cosa que resistía á todos los esfuerzos: la conciencia de sí mismo. Y esta conciencia la tomaba él como punto de apoyo, sobre el cual y con toda certeza, pudiera levantar de nuevo el edificio de las ciencias. Locke y Condillac no han hecho otra cosa: han seguido un camino muy diferente del de Descartes: pero el punto de partida ha sido el mismo. Oigamos á Locke. «En primer lugar examinaré cuál es el origen de las ideas, nociones, ó como se las quiera llamar, que el hombre percibe en su alma; y que su *propio sentimiento* le hace descubrir en ella.» (Ensayo sobre el entendimiento humano. Prólogo.) «Pues que el espíritu no tiene otro objeto de sus pensamientos y raciocinios que sus propias ideas, las cuales son la única cosa que él contempla ó que puede contemplar, es evidente que nuestro conocimiento se funda *todo entero* sobre nuestras ideas.» (Ibid. lib. 4, cap. 1.) «Sea que nos remontemos hasta los cielos, por hablar metafóricamente, dice Condillac, sea que descendamos á los abismos, no salimos de nosotros, y jamás percibimos otra cosa que nuestro propio pensamiento.» (Ensayo sobre el origen de los conocimientos humanos, cap. 1.)

177. Todos los trabajos ideológicos comienzan pues por la consignación del hecho de la conciencia de nuestras ideas; y no puede ser de otro modo con respecto á su certeza. El hombre, al trastornarlo

todo, al arruinarlo todo, al anonadarlo todo, se encuentra consigo mismo, que es quien trastorna, arruina y anonada. Cuando haya llegado á dudar de la existencia de Dios, del mundo, de sus semejantes, de su cuerpo, en medio de aquella inmensa soledad se encuentra todavía á si mismo. El esfuerzo por anonadarse á sus propios ojos, solo sirve para hacerle mas visible: es una sombra que no muere con ningun golpe, y que por cada herida que se le abre, despidе nuevos torrentes de luz. Si duda que siente, siente al menos que duda; si duda de esta duda, siente que duda de la misma duda; por manera que en dudando de los actos directos entra en una serie interminable de actos reflejos que se encadenan por necesidad unos con otros, y se desenvuelven á la vista interior como los pliegues de un lienzo sin fin (XVIII).

CAPÍTULO XIX.

LO QUE VALE EL PRINCIPIO: YO PIENSO. SU ANÁLISIS.

178. El principio de Descartes considerado como un entimema, ya hemos visto que no puede aspirar al título de fundamental. En todo raciocinio hay premisas y consecuencia, y para que sea concluyente son necesarias la verdad de las primeras y la legitimidad de la segunda. Decir que un raciocinio puede ser principio fundamental, es una contradicción manifiesta.

Pero si tomamos el principio de Descartes en el sentido explicado anteriormente, esto es, no como un raciocinio sino como la consignación de un hecho, la contradicción cesa; y es cuestión digna de exa-

minarse la de si merece ó no el título de principio fundamental y de qué manera. En los capítulos anteriores se ha esclarecido ya en parte esta materia, pero no hasta tal punto que se la pueda dar por suficientemente dilucidada: mas bien se han presentado reflexiones preliminares para aclarar el estado de la cuestión que no se la ha resuelto cumplidamente.

179. La proposición « yo pienso » no expresa, como se ha notado ya, el solo pensamiento propiamente dicho; abraza los actos de la voluntad, los sentimientos, las sensaciones, los actos é impresiones de todas clases que se realizan en nuestro interior, comprende todos los fenómenos que presentes á nuestro espíritu con presencia inmediata, nos son atestiguados por el sentido íntimo ó por la conciencia.

Nada que distinga entre las varias clases de actos ó impresiones puede servirnos de principio fundamental; la distinción supone el análisis, y el análisis no existe sin reflexión. No se reflexiona sin reglas y sin objetos conocidos ya; por consiguiente admitir clasificaciones en el primer principio, es despojarle de su carácter, es contradecirse.

180. Conviene no confundir lo expresado por la proposición « yo pienso » con la proposición misma; el fondo y la forma son aquí cosas muy diferentes; pudiendo la naturaleza de esta hacer concebir ideas equivocadas sobre aquel. El fondo es un hecho simplicísimo; la forma es una combinación lógica que encierra elementos muy heterogéneos. Esto necesita explicación.

El hecho de conciencia considerado en si mismo, prescinde de relaciones, no es nada mas que él mismo, no conduce á nada mas que á si mismo; es la presencia del acto, ó de la impresión, ó mas bien es el acto mismo, la impresión misma, que están presentes al espíritu. Nada de combinación de

ideas, nada de análisis de conceptos; cuando se llega á esto último, se sale del terreno de la conciencia pura y se entra en las regiones objetivas de la actividad intelectual. Pero como el lenguaje es para expresar los productos de esa actividad; como no está vaciado, por decirlo así, en el molde de la conciencia pura sino en el del entendimiento, nos es imposible hablar sin alguna combinación lógica ó ideal. Si quisiéramos encontrar una expresión de la conciencia pura sin mezcla de elementos intelectuales, deberíamos buscarla no en el lenguaje, sino en el signo natural del dolor ó de la alegría ó de una pasión cualquiera; solo en este caso se expresa con espontaneidad y sin combinaciones de elementos ajenos, que pasa algo en nuestro espíritu, que tenemos conciencia de alguna cosa; pero desde el momento que hablamos, expresamos algo mas que la conciencia pura; el verbo externo indica el interno, producto de la actividad intelectual, concepto de ella, que envuelve ya un sujeto y un objeto, y que por tanto se halla ya en una región muy superior á la de la conciencia pura.

181. Para demostrar la verdad de lo que acabo de decir, examinemos la expresión « yo pienso. » Esta es una verdadera proposición que sin alterarse en lo mas mínimo, puede presentarse bajo una forma rigurosamente lógica: « yo soy pensante. » Aquí encontramos sujeto, predicado y cópula. El sujeto es el *yo*, es decir, que nos hallamos ya con la idea de un ser, sujeto de actos é impresiones, poseedor de una actividad significada en el predicado; ese *yo*, pues, se nos ofrece como algo muy superior al orden de la conciencia pura, es nada menos que la idea de substancia. Analicemos mas detenidamente lo que en él se encierra.

Tenemos en primer lugar la unidad de conciencia;

el *yo* carece de sentido, si no significa algo que es uno é idéntico, á pesar de la pluralidad y diversidad que en él se realizan. La unidad experimental de conciencia trae consigo por consecuencia precisa la unidad del ser que la experimenta. Este ser es el sujeto en que se realizan las variaciones, sin lo cual no se podría decir: *yo*. Tenemos pues que en una expresión tan simple están envueltas las ideas de unidad y de su relación á la pluralidad, de substancia, y de su relación á los accidentes; es decir que la idea del *yo*, bien que expresiva de una unidad simplicísima, es compuesta bajo el aspecto lógico, encerrando varias cosas del orden ideal, y que no se hallan en la conciencia pura. La idea del *yo* propiamente dicha, aunque comun en cierto modo á todos los hombres, es en sí misma altamente filosófica, por encerrar una combinación de elementos que pertenecen al orden intelectual puro.

182. El predicado *pensante* es la expresión de una idea general, comprensiva no solo de todo pensamiento, sino tambien de todo fenómeno que afecta inmediatamente al espíritu. Estos fenómenos considerados en lo que tienen de comun, bajo la idea general de presentes al espíritu, vienen significados en la palabra *pensante*.

La relación del predicado con el sujeto, ó la conveniencia de *pensante* al *yo*, expresa tambien un análisis digno de atención. Por el pronto se echa de ver una descomposición del concepto del *yo* en dos ideas; la de sujeto de varias modificaciones, y la de pensante; sin esto la proposición carece de sentido, ó mejor, su expresión se hace imposible. La idea de sujeto envuelve las de unidad y de substancia; y la de pensante encierra la de actividad ó bien la de pasividad (permítaseme la expresión) acompañada de conciencia.

183. Para que la proposición sea posible, es preciso suponer que la descomposición de las ideas ha comenzado en algún punto: es decir, que ó en la del *yo* hemos encontrado la de *pensante*, ó en esta última la del *yo*. Colocándonos en el *yo*, preescindiendo de *pensante*, nos encontramos con la idea de sujeto ó de substancia en general, donde por mas que cavilemos no alcanzaremos á descubrir la de *pensante*. El *yo* en sí, no se nos manifiesta, le conocemos por el pensamiento, y por tanto en este debemos fijar el punto de partida, y no en aquel; de lo que se infiere que en dicha proposición lo primitivamente conocido, es mas bien el predicado que el sujeto; y que de los dos conceptos, el del sujeto tiene mas bien el carácter de contenido que el de continente.

En efecto: el *yo* nace, digámoslo así, para sí mismo, con la presencia del pensamiento; si la actividad intelectual se concentra para buscar su primer apoyo, se encuentra no con el *yo* puro, sino con sus actos; es decir, con su pensamiento. Este último es por consiguiente el objeto primitivo de la actividad intelectual reflexiva; este es su primer elemento de combinación, su primer dato para la resolución del problema. Fijando la vista en este elemento, descubre una unidad en medio de la pluralidad, descubre un ser que continúa el mismo en medio del flujo y reflujo de los fenómenos de la conciencia: esta identidad se la atestigua de una manera irresistible la conciencia misma. La idea del *yo* pues está sacada del pensamiento; y por consiguiente mas bien nace el sujeto del predicado que no el predicado del sujeto.

184. El pensamiento de donde se saca la idea del *yo*, no es el pensamiento en general, sino realizado, existente en nosotros mismos. Pero esta realidad es

infecunda, si no se ofrece al espíritu bajo una idea general; porque es evidente que el *yo* no sale de un acto solo, pues que es la unidad sujeto de la pluralidad. Para llegar á la idea del *yo* necesitamos la unidad de conciencia, y esta no la conocemos sino en cuanto la tenemos experimentada, es decir, en cuanto percibimos la relación de lo uno á lo múltiple, de un sujeto á sus modificaciones.

Tanta elaboración es necesaria para producir una expresión tan sencilla como «yo pienso;» por donde se echa de ver con cuánta razón he distinguido entre el fondo y la forma, y cuán inconsideradamente proceden los que confunden cosas tan diversas. Así, y por falta del debido análisis, se dan en la filosofía saltos inmensos pasando de un orden á otro, confundiendo las ideas y embrollando las cuestiones.

185. Para dilucidar completamente la materia examinaré las relaciones de la existencia con el pensamiento; examen que será muy fácil teniendo presentes las observaciones anteriores.

Es cierto que concebimos la existencia anterior al pensamiento: nada puede pensar sin existir, la existencia es para el pensamiento una condición indispensable; pensar y no existir, es una contradicción manifiesta. Pero lo que se ofrece primitivamente á nuestro espíritu, no es la existencia sino el pensamiento; y este no en abstracto, sino determinado, experimental, empírico, como se dice ahora. La idea de existencia es general, comprende á todo ser, y la conciencia no puede comenzar por ella; ora lleguemos á esta idea por abstracción, ora sea una forma preexistente en nuestro espíritu, no es lo primero que se nos ocurre; ó para hablar con mas exactitud, no es el último punto que encontramos al seguir con movimiento retrógrado el hilo de nuestros conocimientos para descubrir su punto de

partida. Este es la conciencia, que despues de objetivada, y habiendo sufrido el análisis del concepto que ofrece, nos presenta la idea de existencia como contenido en ella.

Se infiere de esto, que el *luego existo* no es, rigurosamente hablando, una consecuencia del « yo pienso », sino la intuición de la idea de existencia en la de pensamiento. Hay aquí dos proposiciones *per se notæ*, como dicen los escolásticos; una general: « lo pensante es existente; » otra particular: « yo pensante, soy existente. » La primera pertenece al orden puramente ideal, es de evidencia intrínseca, independientemente de toda conciencia particular; la segunda participa de los dos órdenes, real é ideal; real, en cuanto encierra el hecho particular de la conciencia; ideal, en cuanto incluye una combinación de la idea general de la existencia con el hecho particular; pues solo así es concebible la unión del predicado con el sujeto.

186. Ahora será sumamente fácil resolver todas las cuestiones que se agitan en las escuelas.

Primera cuestion. El principio « yo pienso » ¿depende de otro? Debe responderse con distinción; si se entiende por este principio el simple hecho de la conciencia, es evidente que no. Para nuestro entendimiento no hay nada anterior á nosotros; todo lo que conocemos, en cuanto conocido por nosotros, supone nuestra conciencia; si la suprimimos, lo destruimos todo; y si ensayamos el destruirlo todo, ella permanece indestructible; no depende pues de nada, no presupone nada.

Si por el principio « yo pienso » se entiende una proposición, en tal caso no puede haber dimanado sino de un raciocinio, ó mas bien de un análisis: y así no puede ser el principio fundamental de nuestros conocimientos.

187. Segunda cuestion. Faltando los demás principios, ¿falta tambien el presente? Apliquese la misma distinción: como simple hecho, no; como proposición, si. Niéguese todo, incluso el principio de contradicción, la conciencia subsiste. Pero negado el principio de contradicción, queda destruida toda proposición; toda combinación es absurda; el análisis, la relación del predicado con el sujeto, son palabras vacías de sentido.

188. Tercera cuestion. Admitido el principio « yo pienso », ¿puede ser conducido á la verdad, al menos indirectamente, quien niegue los demás? Es menester distinguir: ó se trata de reducirle por raciocinio ó por observación; es decir, ó se le quiere combatir con argumentos ó se trata de llamarle la atención sobre si propio, como se hace con un hombre distraído ó con uno que padece enagenación mental. Lo segundo se puede hacer; lo primero no. Quien niega todos los principios incluso el de contradicción, hace imposible todo raciocinio; en vano pues se discurre contra él. Ensayémoslo.

Tú piensas, se le dirá; al menos así lo afirmas cuando admites el principio « yo pienso. »

Es verdad.

Luego debes admitir tambien el principio de contradicción.

¿Por qué?

Porque de otro modo podrias pensar y no pensar á un mismo tiempo.

No hay inconveniente.

Pero entonces destruyes tu pensamiento.....

¿Por qué?

¿Piensas? ¿no es verdad?

Cierto.

Segun tú mismo, es posible que no pienses al mismo tiempo.

Estamos conformes.

Luego destruyes tu pensamiento : porque cuando no piensas se destruye el « yo pienso ; » y como todo esto es simultáneo , resulta que destruyes tu propio pensamiento.

Nada de eso : lo que hay en el argumento que se me objeta es que se supone verdadero lo que yo niego ; incurriéndose en el sofisma que los dialécticos llaman petición de principio. En efecto , por lo mismo que niego el principio de contradicción , no admito que el no ser destruya al ser , ni el ser al no ser ; y por consiguiente , que el no pienso pueda destruir el yo pienso. Cuando se me arguye en este sentido , se supone lo mismo que se busca ; se me ataca por principios que yo no reconozco. En vuestro sistema , en que el ser destruye al no ser y viceversa , es cierto que el pensar y el no pensar son incompatibles ; pero en mis principios es una cosa muy sencilla , como según ellos no es imposible que una cosa sea y no sea á un mismo tiempo , cuando yo pienso no dejo de pensar.

Este lenguaje es absurdo , pero consecuente ; negado el principio , la deducción es necesaria ; y si se le replica que en tal caso no puede ni hacer el raciocinio que se acaba de oír , podrá él contestar , que tampoco pueden raciocinar los adversarios ; ó que si se quiere , no halla inconveniente en que se raciocine y no se raciocine.

No hay otro medio de reducir á un hombre extrañado de esta manera que el de la observación ; se ha salido de la razón , y por tanto es imposible volverle á ella por medio de ella misma. Las observaciones que se le dirigen han de ser más bien un llamamiento , una especie de grito para despertar la razón , que no una combinación para reconstruirla ; es un hombre dormido ó desvanecido á quien se

llama y se toca para volverle en sí , no un adversario con quien se disputa (XIX).

CAPÍTULO XX.

VERDADERO SENTIDO DEL PRINCIPIO DE CONTRADICCIÓN.
OPINIÓN DE KANT.

189. Antes de examinar el valor del principio de contradicción como punto de apoyo de todo conocimiento , será bien fijar con exactitud su verdadero sentido. Esto me obliga á entrar en algunas consideraciones sobre una opinión de Kant manifestada en su *Critica de la razón pura* , á propósito de la forma con que el principio de contradicción ha sido enunciado hasta el presente en todas las escuelas filosóficas. Conviene el metafísico alemán en que sea cual fuere la materia de nuestro conocimiento y de cualquier modo que se le refiera al objeto , es condición general , aunque puramente negativa , de todos nuestros juicios , el que no se contradigan mutuamente ; de otro modo , aun sin orden al objeto , no son nada en sí mismos. Asentada esta doctrina , advierte que se llama principio de contradicción el siguiente : « un predicado que repugna á una cosa no le conviene ; » observando en seguida que este es un criterio universal de toda verdad , aunque puramente negativo ; mas que por lo mismo pertenece exclusivamente á la lógica , pues que vale para los conocimientos puramente como conocimientos en general , sin relación á su objeto , y declara que la contradicción los hace desaparecer completamente. « Hay sin embargo , continúa , una fórmula de este principio célebre puramente formal y des-